

In memoriam

Donato Alarcón (1935-2004)

Roberto R. Kretschmer

Un breve recuento de la vida y del quehacer profesional del doctor Donato Alarcón da pie a Roberto R. Kretschmer para afirmar que el rigor, el liderazgo y la fantasía creativa fueron los atributos superlativos que lo distinguieron. Miembro de la Junta de Gobierno de nuestra Universidad “se comprometió con una de las ramas biomédicas más dinámicas y excitantes del siglo XX: la inmunología”.



Donato Alarcón Segovia falleció el 21 de diciembre de 2004. Con su muerte la medicina y la cultura nacional sufren una gran pérdida. Nació en la Ciudad de México el 6 de mayo de 1935, hijo y sobrino de médicos notables, que dejaron imborrable huella en la neumología y la pediatría mexicanas. En su casa paterna en la colonia Juárez, convergían regularmente, entre otros, los corifeos de la naciente medicina científica mexicana, los notables fundadores de los institutos que fueron las cuatro columnas originales que sostuvieron ejemplarmente —y hasta la fecha lo hacen— la medicina académica nacional (Federico Gómez, Manuel Martínez Báez, Ignacio Chávez, Salvador Zubirán y Gustavo Baz).

Ese entorno intelectual, ese multifacético caldo cultural, sin duda tuvo que haber conformado el proyecto de vida que el joven Donato Alarcón se propuso. Y lo cumplió con creces. Esta notable inquietud intelectual lo llevó *inter alia*, a formar parte, por los años cincuenta, de la —efímera— Asociación Cultural Antonio Caso, de juveniles pero ricos y acalorados debates entre inquietos estudiantes de las más diversas ramas del saber. Aceptó el reto, y estudió en la Escuela Nacional de Medicina, UNAM (1954-1959), alojada venerablemente en Santo Domingo, y luego convertida en Facultad de Medicina ya en la Ciudad Universitaria en el entonces extremo sur de la Ciudad de México.



Se graduó con honores en 1959, para estudiar luego medicina interna en el altamente selectivo Instituto Nacional de la Nutrición que dirigía el longevo Salvador Zubirán. Siguiendo la costumbre de la época regularmente practicada por los médicos con las mayores ambiciones académicas, Donato Alarcón se va a estudiar reumatología a la prestigiada Mayo Graduate School of Medicine en Rochester, Minnesota (1961-1965), y culmina —pero no termina— su relación con ésta su *alma mater* de posgrado, con una maestría en medicina interna conferida por la Universidad de Minnesota (1968). Con esta etapa existencial Donato Alarcón —que podría haberse ido holgadamente a la notable Universidad de

Chicago, como lo hiciera antes su padre— finca dos logros de gran trascendencia para la cultura científica nacional. Por una parte inicia y propicia una larga generación de notables médicos mexicanos que siguen sus pasos a la Clínica Mayo. Por otra, Donato Alarcón se compromete con una de las ramas biomédicas más dinámicas y excitantes del siglo xx: la inmunología, esencialmente, pero no sólo en su rama reumatológica. El destino, aunque realmente más su inteligencia y su diligencia, le depararía una vida intelectual muy fértil y creativa en este campo. A su regreso a México crea, desde bases muy modestas, y en un edificio anexo al hospital, el que devendría en el Departamento de Inmunología

y Reumatología del Instituto Nacional de la Nutrición, sin el cual el desarrollo de la inmunología mexicana moderna sería impensable. Con gran talento, Donato Alarcón contrapuntea los aspectos básicos de la inmunología —en continuo y fascinante proceso de cambio y expansión, con la práctica clínica de la reumatología. El mundo académico de la medicina comienza a fijarse atentamente en este inquieto médico mexicano, que con sus trabajos de vanguardia va colocándose entre los líderes mundiales. De esta época datan sus excelentes observaciones de los efectos de ciertos medicamentos de uso frecuente (hidralazina, isoniazida) que por su farmacocinesia diferente de individuo a individuo, causan enfermedades inmunológicas (*ie lupus*) en sujetos genéticamente predisuestos. Estas ideas pioneras de Alarcón regresan ahora con gran actualidad en el dinámico campo de la farmacogenómica. Debido a su interés central en la reumatología (*lupus*, artritis reumatoide, síndrome de Sjögren, etcétera), Donato Alarcón se enseorea literalmente en el territorio de la respuesta inmunológica que, por decirlo de alguna manera, *se sale de sus casillas*; y lo hace tan frecuentemente, que va justificando el concepto de la devastadora autoinmunidad, una verdadera guerra civil de la inmunología, como Alarcón solía ilustrarla elegantemente. Y cuando Alarcón Segovia hablaba de autoinmunidad, el mundo escuchaba.

En 1992 es elegido Director General del Instituto Nacional de Nutrición, cargo que desempeñaría hasta 2002, abarcando uno de los periodos más extraordinarios de este ya excepcional instituto médico mexicano; ahora justamente llamado —gracias a él— Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición Salvador Zubirán, por su amplia cobertura de *toda* la ciencia médica. Lo dota además de un bello y logrado nuevo emblema, que de paso revela al Donato Alarcón profundamente empapado en las artes visuales.

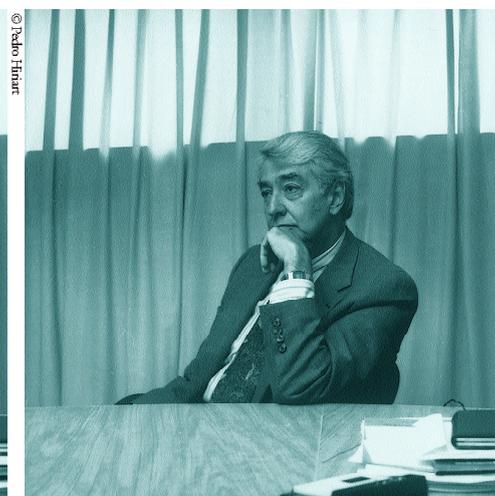
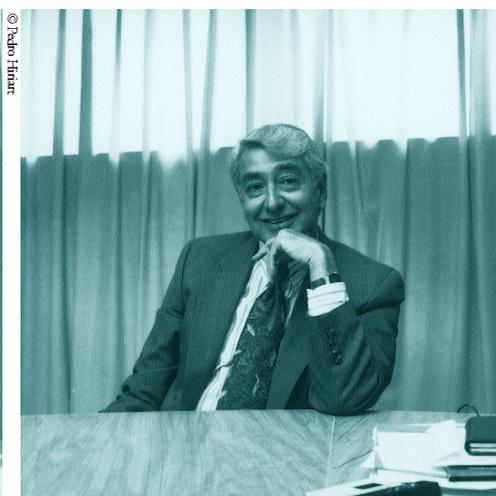
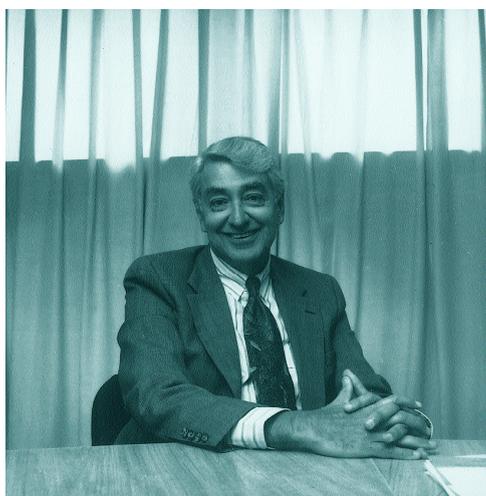
Donato Alarcón Segovia es el padre indiscutible de la inmunología clínica mexicana. De hecho, además de haber fundado en 1974, con un pequeño grupo de jóvenes

y entusiastas inmunólogos, como él de reciente repatriación, la Sociedad Mexicana de Inmunología (ahora con más de doscientos socios), llamó a la vida en su seno al Capítulo Mexicano de Inmunología Clínica que, gracias a su gran prestigio internacional fue inmediatamente acogido en la federación mundial que agrupa a estos importantes organismos (FOCIS). Funda también y preside en 1982 el Consejo Mexicano de Reumatología, organismo que regula con tacto y certeza el quehacer de esta difícil especialidad médica.

En la Facultad de Medicina de la UNAM, Donato Alarcón Segovia marca desde 1977 pautas de excelencia, no sólo en los campos de su especialidad, sino en la estructura general de todo el esfuerzo educativo de nuestra facultad. De hecho, hace lo mismo en la UNAM en pleno, donde desde 1995 hasta el momento de su muerte, fue miembro de la Junta de Gobierno, que nunca ha de olvidar sus sabias y comprometidas intervenciones.

Sería labor interminable citar las sociedades médicas y científicas, los numerosos e importantes premios (algunos con contundente repetición, y por concurso de sus trabajos científicos ante implacables jurados, como el Premio Eduardo Liceaga de la Academia Nacional de Medicina 1978, 1979, 1982 y 1994, las distinciones, las membresías honorarias nacionales e internacionales, los doctorados y maestrías *honoris causa* (universidades de Zacatecas, Puebla, Barranquilla), y las rigurosas funciones editoriales nacionales e internacionales que Donato Alarcón acumuló en su vida extraordinariamente fructífera, que para tristeza de México se trunció antes de lo que él y nosotros parecíamos merecer.

Su *alma mater* de posgrado, la Clínica Mayo de Rochester, Minnesota lo nombra alumno distinguido en 2003, en feliz contrapunto con el Mérito Médico 2003 por sus *Contribuciones al engrandecimiento a la Medicina Mexicana* que le confiere la Secretaría de Salud de México. Sólo el destino le impidió recibir en Budapest, Hungría, el máximo reconocimiento que otorga la comunidad mundial del campo de la autoin-





munidad (noviembre, 2004) por estar ya sumido en la larga noche cerebral que cortaría su vida con un traicionero proceso al que se enfrentó con la entereza y el valor que siempre lo caracterizaron. Corona todos estos logros su ingreso en 1994 al Colegio Nacional, parnaso espiritual de nuestro país. En su generación, más que nadie, Donato Alarcón Segovia, fue quien proyectó a la medicina mexicana en el escenario académico internacional, con sus originales contribuciones a la reumatología y a la autoinmunidad. A Donato Alarcón Segovia seguramente le gustaría ser recordado por sus contribuciones concretas a la gammagrafía articular y a la descripción de los anticuerpos anti-fosfolípidos, ambos recursos diagnósticos de primerísimo orden y oportunidad, ya ampliamente aceptados en el mundo. Su descubrimiento más atrevidamente original fue el de la penetración de los autoanticuerpos al interior de las células y los núcleos celulares. En su tiempo una idea tan original como inédita y que inevitablemente arrastró consigo algún escepticismo, pero que todavía en plena vida de Alarcón fue crecientemente reconocida por propios y extraños en

todo el mundo. De la enorme solidez científica de Donato Alarcón dan elocuente testimonio el impresionante impacto de sus numerosas publicaciones especializadas, que le cosecharon un número tan sorprendente como posiblemente insuperable de citas en la literatura médica, pero sobre todo por la simiente humana de logrados investigadores y médicos, regada en diversos países del orbe, entre quienes destaca desde luego Marta Alarcón Riquelme, su hija, en la Universidad de Upsala en Suecia y, por supuesto, su laboratorio en México.

Rigor, liderazgo y fantasía creativa fueron los atributos superlativos que en mi opinión distinguieron a Donato Alarcón Segovia durante toda su carrera profesional. La difícil e infrecuente combinación del médico cotidiano y clínicamente activo y del investigador científico de primer orden encuentran en él su máxima expresión, que debe ser modelo para generaciones futuras. A su regreso a México la inmunología transitaba por un territorio cada vez más complejo y novedoso, haciendo aflorar de manera creciente la contundente inmunidad innata, más allá—y antes—de los inteligentes, pero evolutivamente más recientes anticuerpos, sustrato bioquímico estos últimos de la inmunidad adquirida y adaptativa. Si alguien comprendió esto, fue Donato Alarcón, que así mantuvo a la reumatología y a la autoinmunidad mexicanas siempre a la vanguardia de estos fascinantes cambios. De hecho, él contribuyó como pocos precisamente a esos cambios. Donato Alarcón hizo además realidad aquel axioma de Ignacio Chávez de que “...médico que no es culto... ni médico es”. Lo fue en toda la extensión de la palabra, con un especial, legítimo y subjetivo interés por las artes visuales, con un profundo compromiso de mexicano universal. De su juvenil pasión por la pintura de El Greco, de la que era un experto consumado, gravita hasta las vanguardias más progresistas en México y en el mundo. Para no pocos, con Donato se va, también, un entrañable y fraternal amigo.

Por todo ello, no sólo está de luto la medicina mexicana, la cultura, toda ella, lo está. Con su partida Donato Alarcón Segovia suma ya su nombre al de otros pocos médicos mexicanos legendarios. La implacable depuración histórica, en eso, no se equivoca. Resuenen pues las palabras de Goethe: “preserva la imagen de los virtuosos. Cual fulgurantes estrellas repartiólas la Naturaleza por el espacio infinito”. U

La difícil e infrecuente combinación del médico cotidiano y clínicamente activo y del investigador científico de primer orden encuentran en él su máxima expresión...